

Las turbulencias del capitalismo a fines de siglo

Héctor Walter Valle*

“Sin embargo, luego de haber podido observar directamente el “socialismo de guerra” en Inglaterra y el continente europeo, y seguir también la experiencia “bolchevique” en Rusia, Keynes rompió con la tesis que sostenía que el capitalismo debía ser sinónimo de *laissez faire*, supuesto este último en el cual veía por el contrario “una leyenda, un paseo por la metafísica”. En adelante, tal era su convicción, se ofrecía la posibilidad de organizar la economía de forma adecuada a la necesidad de garantizar su buen funcionamiento, sin quitarle sin embargo su carácter capitalista” (Paul Mattick, “Marx et Keynes, les limites de l’*economie mixte*”, Ed. Gallimard, París 1969).

“La economía mundial se asemeja a un aeroplano que ha perdido dos de sus cuatro motores, con un tercero que empieza a descomponerse. El Japón ya está en recesión. Una fuerte desaceleración en China puede llevar a su gobierno a devaluar. Muchas economías emergentes en Asia están sufriendo su más profunda declinación económica en medio siglo. El rublo ruso se hunde precipitadamente. Latinoamérica puede ser la próxima región que enfrente perturbaciones. “Last but not least”, Wall Street continúa tambaleándose. ¿Cuántas malas noticias más recibiremos antes que capote el aeroplano?” (“As bad as it gets?”, *The Economist*, August 29th 1998).

¿Lejos del piso todavía?

El alboroto en torno a la situación brasileña y su efecto cascada, fundamentalmente sobre la Argentina pero también con impactos no desdeñables sobre los mercados internacionales de capital, no debe distraernos de ciertas señales preocupantes que emite la economía norteamericana. Son más bajas las hipótesis de crecimiento para 1999, con su previsible impacto sobre los socios en el Nafta, el desequilibrio en su cuenta corriente se acerca a los 170.000 millones de dólares (el 3,5% del PBI), y recientemente se asistió a una cierta aceleración en los índices de precios mayoristas.

Todo ello se tornó en claramente incompatible con los sucesivos récords que venía alcanzado el Dow Jones hasta el 13 de enero de 1999. Se trata de una nota crítica para la decisión adoptada por la FED, bajando las tasas de interés.

Se advierte en consecuencia que la crisis mundial no cesa de espiralizarse, y sus ondas ya no dejan costa sin vulnerar. Todo indica que en ese maremoto la Argentina es la economía más afectada por las turbulencias del Brasil. Como ha ocurrido cada vez con mayor frecuencia a lo largo del último quinquenio, otra vez nos encontramos en el centro de un proceso tumultuoso, cuyo punto de arranque puede establecerse esta vez a mediados de 1997, cuando se iniciara el ciclo de las perturbaciones asiáticas.

Uno de sus puntos culminantes estuvo constituido por el derrumbe de la economía rusa. Con elevado poder simbólico debido al lugar donde ocurre, el mismo permite comprobar el fracaso de un ensayo que a principios de la década había sido privilegiado como laboratorio de ensayo para demostrar las decisivas ventajas del capitalismo de libre mercado frente a cualquier esquema alternativo.

Transcurrida menos de una década, puede definirse a los frutos recogidos, en los que no es menor la responsabilidad del FMI, como una expresión soez de lo peor que puede dar el capitalismo. Entre otras, una de sus manifestaciones, es el alto grado en que esa economía se encuentra infectada por las mafias. Según el Banco Mundial, éstas ya controlan más del 40% del PBI ruso.

No es la única lección que puede recogerse de los agitados tiempos que vivimos. Los hechos vienen a demostrar con su crudeza que la caída del muro de Berlín nada tuvo que ver con un eventual "final de la historia". Apenas asistíamos al agotamiento del modelo del socialismo real, pero rápidamente salió a la luz el anacronismo de restaurar un esquema de capitalismo salvaje que había sido abandonado por obsoleto luego de la gran crisis de los años '30. Era inevitable por lo tanto que se ingresara en una nueva, incierta e inquietante etapa del proceso histórico.

A poco andar, ésta permitió comprobar el grado en que el paradigma neoliberal se ha mostrado incapaz de resolver las contradicciones e incertidumbres que él mismo genera. Lo que ya estaba claro luego de las experiencias de Thatcher y Reagan fue ampliamente ratificado con su generalización durante los 90' a los países del este europeo, y con los ensayos latinoamericanos "exitosos" como el argentino.

Quien quiera verlo puede advertir la inviabilidad de una ideología dieciochesca formalizada por Adam Smith en tiempos del ocaso del artesanado, cuando se pretende utilizarla como instrumento teórico que sirva para otorgar base racional a las decisiones que deben tomar los actores económicos en el presente. Estos operan frente a las contradicciones de la sociedad contemporánea -la de las empresas transnacionales y la globalización financiera, pero también la de los subsidios agrícolas y el enorme poder militar de los Estados Unidos-, que poco o nada tienen que ver con los postulados de la competencia perfecta que han adoptado los fundamentalistas del mercado.

No es menor la incompatibilidad que existe entre el referido fundamento ideológico y las tecnologías informáticas y comunicacionales de las que disponen los agentes que operan a nivel macro o microeconómico, las cuales están adelantando las condiciones del siglo por nacer. La combinación resulta tan peligrosa como la de religiosos fundamentalistas armados con ojivas nucleares.

A la hora de elegir el instrumental de la teoría económica más adecuado a ellas, esas tecnologías de punta serían más compatibles con la ideología y la praxis de la hoy execrada planificación macroeconómica. Recordemos que se trata de encontrar un marco indicativo para las decisiones individuales y colectivas que deben adoptarse en los mercados globalizados del dinero y los bienes. Nada más lejano a los paradigmas de la libre competencia.

Como resultante de todas estas contradicciones, que empujan hacia formas superiores de anarquía en un sistema anárquico por naturaleza, se advierte que durante las fases de auge que atraviesa el ciclo, cada vez más cortas y concentradas sólo en algunas regiones del planeta, las economías crecen pero acompañadas de una creciente regresividad distributiva. En esas etapas se agudiza tanto el desequilibrio entre sectores y/o

regiones del planeta, como la tendencia a la exclusión social que tipifica al capitalismo en el mundo. Esta es la tendencia predominante desde mediados de los 70' hasta la actualidad, vale decir, una vez agotado el ciclo de los años dorados que siguió a la segunda postguerra, que va de la mano del gran deterioro en la relación salarial.

En las etapas recesivas, cuando aparecen las turbulencias (hemos tenido dos en apenas tres años, el tequila en diciembre de 1994 y el tifón asiático en julio de 1997, aún en pleno desenvolvimiento), las mencionadas pulsiones al desempleo y la exclusión salen fortalecidas. En esos momentos de la crisis, si bien las contradicciones del sistema se tornan particularmente nítidas, muchas de las expresiones caóticas no son fácilmente explicables. Es necesario forzar groseramente los elementos interpretativos para analizar las explosiones violentas, por ejemplo, en términos de la lucha de clases.

Precisamente porque no se trata de violencia “de clase”, ejercitada para acelerar el cambio hacia otro sistema social, sus alcances son impredecibles. Estos modelos “de mercado” se muestran totalmente inaptos para encontrar otra solución que no pase por la represión. Otro tanto pasa con el ejercicio de políticas económicas anti-cíclicas. De hecho, la recomendación tradicional del ajuste como práctica para salir de la recesión, normalmente actúa de modo pro-cíclico.

Como resultado, las tensiones sociales y económicas se agravan. Mientras tanto, en piloto automático, los responsables de la gestión económica permanecen a la espera de un cambio en las condiciones exógenas que reglan la evolución de las economías nacionales.

En consecuencia, cuando se ingresa en una fase crítica no se visualizan sus límites tanto en el tiempo como en el espacio. Ello se debe en buena medida a los propios efectos de las políticas pro-cíclicas de las que hablábamos más arriba. Los remedios, tipificados en las recomendaciones del FMI se muestran no sólo incapaces para resolver el problema, sino peor aún, muy eficaces para agravarlo. Ello explica que uno de los blancos principales de la crítica sea el Fondo Monetario Internacional.

Recientemente, este último ha mostrado además una notable capacidad para catalizar, más allá de lo puramente económico, lo peor que puede tener una sociedad cuando ingresa en el terreno de las turbulencias. Tal el caso de las explosiones racistas que acompañaron a la expulsión de Suharto o el ya referido apogeo de las mafias que acompañan a Yeltsin.

Los peligros de una crisis sistémica

En la raíz de las caóticas tendencias que actualmente sacuden al mundo hay dos fenómenos de gran potencialidad desestabilizadora, los cuales maduraron a lo largo de la década pese a que no faltaron voces de alerta sobre el peligro que engendraban. Su ocurrencia no debe sorprender, ya que se encuentran en la esencia del modelo de capitalismo de libre mercado actualmente hegemónico en vastas áreas del planeta, combinados con los desarrollos definidos como el “modo asiático” de capitalismo.

Uno de ellos está constituido por la incompatibilidad creada entre los volúmenes de inversión llevados a cabo especialmente en la región asiática de ciertos bienes de tecnología intermedia (por ejemplo automóviles y electrónica) frente a la real capacidad de los mercados mundiales, habida cuenta de la mayor regresividad distributiva, para absorber los frutos de esas nuevas capacidades productivas instaladas.

El otro resulta de la extrema inestabilidad implícita en el funcionamiento de los mercados globalizados de capital. En este sentido, fenómenos tales como el dinero virtual, el desarrollo de nuevas formas especulativas como los mercados de derivados, y las “fugas hacia la calidad” cuando aparecen señales de alerta en ciertos mercados específicos, se trate de naciones o bienes, otorgan una enorme volatilidad a los movimientos del dinero, generando mayor desestabilización adicional. La combinación de ambos elementos resulta explosiva.

Volviendo al primero, se constata que ha provocado una generalizada sobreoferta de manufacturas, las cuales en las condiciones actuales del mundo sólo pueden digerirse a medias. Ese fenómeno ya estaba presente en 1996, previo al estallido en los mercados de capitales. Puede decirse que ésta es una crisis de sobreproducción, particularmente en el caso de la electrónica, computación, acero e insumos petroquímicos. Ni hablar de los stocks de automóviles sin vender que amenazan al mercado mundial, y que están descolocando rápidamente a las terminales radicadas en los países industrializados de altos salarios.

Ello no se debe a que no existan necesidades insatisfechas por tales bienes en amplias regiones del planeta. Por una parte, en las economías maduras el consumo de tales manufacturas de tecnología intermedia ya evoluciona vegetativamente, mientras que en el resto del planeta se concentra en sectores minoritarios de la población. La cada vez mayor regresividad distributiva y la creciente exclusión social predominante en los “mercados emergentes” reducen el poder adquisitivo de la población deprimiendo la demanda a los bienes imprescindibles de subsistencia. Todo ello ancla la demanda mundial por manufacturas.

Cabe recordar que en el caso de los “nuevos tigres”, donde arrancó la última crisis (en Indonesia, Tailandia o Filipinas), la competitividad que habían adquirido sus exportaciones de manufacturas fue forzada gracias a los bajos niveles salariales, la vigencia generalizada del trabajo infantil y la vista gorda frente al daño ecológico, factores que permitían bajar costos. Otro tanto ocurre en China. Ahora, esta forma de generar excedente a partir de la super-explotación del trabajo y los recursos naturales parece haber encontrado un límite objetivo en su contradicción con el estado de la demanda.

El comportamiento de la demanda internacional por manufacturas ha provocado en los últimos años una notable tendencia bajista en los precios, la cual termina afectando la rentabilidad proyectada de las inversiones. A ello se sumó una plétora de emprendimientos de dudosa viabilidad encarados en la región, por ejemplo en las áreas de servicios e inmobiliaria, que sin embargo encontraron financiamiento en los bancos. La insolvencia del sistema bancario actuó de forma pro-cíclica.

El otro gran problema, por el lado de la oferta, está constituido por la declinación experimentada por la economía japonesa en los años 90', que no encuentra un nuevo patrón de crecimiento donde compatibilizar su enorme capacidad de ahorro con el desarrollo de nuevas formas productivas que le permitan competir tanto con los otros países industrializados como con el resto de la región. En este caso, la masa de créditos de dudoso recupero otorgados para inversiones japonesas en la región, también actúa anclando la crisis.

En resumen, las severas dificultades que atraviesan las economías del Asia deben ser interpretadas básicamente como originadas en una crisis de sobreproducción, que se combina y alimenta con una fuerte tendencia bajista en la tasa de ganancia para las actividades tanto productivas como de servicios localizadas en la región, claramente incompatibles con las tasas de interés.

Todas estas perturbaciones ocurren pese a la sobreexplotación del trabajo que predomina en la mayoría de esos países. ¿Acaso esa fuente de excedentes se agotó? La situación se agrava desde mediados de 1997 con el derrumbe en los niveles de actividad de los países asiáticos y su rebote sobre el crecimiento económico mundial y los precios de las materias primas. No cabe pasar por alto que, una vez puestos a prueba, los sistemas bancarios de la región han mostrado que habían sido altamente incompetentes en su asignación de recursos. Su elevada cartera morosa, se convierte ahora en otra perturbación para superar la crisis.

El mercado de materias primas como transmisor de la crisis

Hagamos un paréntesis para estudiar lo que ocurre con los precios de las materias primas. El conjunto de circunstancias descritas no solamente ha provocado una sensible contracción en la magnitud de las demandas originadas en los países directamente afectados por el derrumbe de sus mercados y de sus monedas. Tuvo

además un correlato en una agresiva corriente de exportaciones hacia terceros países. También, debido a los contagiosos efectos de la crisis, se ha expandido sobre el conjunto de la región y en las naciones vinculadas comercialmente con ésta. Una de las poleas de transmisión fueron las cotizaciones de las materias primas.

Contrariamente a lo que pensaban los apóstoles del neoliberalismo argentino, la crisis asiática rebotó velozmente en nuestras economías, y no solamente por su impacto sobre los mercados financieros. A lo largo de la década, el consumo de commodities había crecido en aquella región notablemente por encima del promedio mundial. Estos países son los responsables por casi dos tercios del incremento ocurrido en la demanda de petróleo y sus manufacturas durante el lapso 1992/96. Su participación en el consumo mundial pasó del 12 al 15%.

La participación en el consumo de productos petroleros por parte de Corea y el conjunto integrado por Malasia, Filipinas y Tailandia, pasó del 5 al 6,5%. Un comportamiento similar se advierte en los consumos de insumos producidos por las industrias metálicas básicas, caucho, cereales y oleaginosas. En estos últimos casos, el país cuyas demandas crecieron más fue China.

En consecuencia, muchos mercados que hace apenas un año se proyectaban como expansivos, actualmente enfrentan una etapa recesiva con gran incertidumbre acerca de su futuro. Más aún, para algunos commodities de origen agropecuario o forestal como la madera, el arroz, el caucho natural y los aceites vegetales, la gran depreciación de las monedas del sudeste asiático puede estimular la sustitución de ciertas importaciones, especialmente de alimentos, originadas en países como la Argentina.

Además, hasta principios de 1999 el sudeste asiático constituía un creciente mercado para los alimentos, pero actualmente el desplome de la demanda asiática ha debilitado notablemente los precios agrícolas. Como se recordará, éstos ya venían castigados por la sobreoferta existente, tanto en el mercado de los Estados Unidos como internacionalmente.

Se estima que como consecuencia de la situación asiática declinaron principalmente las cotizaciones para cuatro materias primas: cobre, níquel, caucho natural, y madera. Asimismo, tuvo una importancia predominante en la declinación experimentada por los precios de otros commodities como petróleo, zinc y plomo.

En el caso del aluminio, el acero, los productos cárnicos, el maíz y los oleaginosos, la influencia principal sobre sus precios no se origina en la caída de la demanda originaria de los países asiáticos, sino en el hecho que tales productos han actuado difundiendo los efectos de la referida crisis al resto del mundo, perjudicando a los otros países productores y beneficiando a los consumidores.

Cabe particularizar en el caso de los hidrocarburos. A partir de octubre de 1997 cuando cae la economía coreana, y hasta marzo de 1998, los precios del petróleo perdieron el 25%. Los factores determinantes de tal evolución fueron: 1) la caída de la demanda originada en los países afectados por la crisis asiática; 2) las ya referidas altas temperaturas en el invierno del hemisferio norte; 3) un aumento en la producción por parte de los países de la OPEP; 4) existencias consideradas anormalmente altas en todas las etapas de la cadena productiva respecto de los niveles del año anterior.

La caída en los precios del petróleo no sólo afecta a los países que dependen directamente de su producción sino también a quienes los proveen de equipamientos y manufacturas de todo tipo. Ya se verifica, en efecto, un replanteo de los programas de explotación, extracción y transporte de crudo. En contrapartida, bajos precios para el petróleo implican menores costos tanto de transporte como de la energía consumida en la industria y para la calefacción de los hogares.

Vale la pena repasar las consecuencias para Latinoamérica. La caída en el precio del cobre ha sido grande y ha tenido difundidas implicaciones sobre las economías afectadas. Ello se debe en parte a la importancia que la exportación de cobre tiene en los ingresos de divisas para los países productores. La reducción que experimentaron los precios entre junio de 1997 y fines de 1998 se atribuye fundamentalmente a las consecuencias ejercidas por la crisis asiática. El consumo por parte de esos países pasó del 5,5% al 8,25 % del total mundial entre 1992 y 1996.

Para apreciar adecuadamente estos aumentos participativos, conviene advertir que ocurren pese a la reactivación experimentada por las demandas originadas en los Estados Unidos y Europa en igual período. Se estima que la declinación en esos precios es más grave que la anterior, que había tenido lugar en 1993. Los tres principales países afectados por la caída de los mercados son Chile, Mongolia y Zambia.

Los problemas para Latinoamérica no concluyen con la caída en el mercado del cobre. En términos generales, se advierte que si la reducción en la demanda global ha impactado severamente sobre los precios de las commodities, los cambios más importantes tuvieron lugar en el caso del petróleo, el cobre, el café y el azúcar, todos productos típicos de esta región. Solamente una reactivación generalizada en 1999 o la aparición de contingencias climáticas adversas en el hemisferio norte podrían ayudar a que tal situación se revierta más o menos rápidamente.

Los productos latinoamericanos tienen una exposición limitada respecto de la demanda asiática de materias primas. Las excepciones están constituidas por Chile con una exposición del 39%, y Perú con el 25,33% respectivamente de sus exportaciones totales. En el otro extremo, Venezuela dirige apenas el 2% de sus ventas externas a los mercados asiáticos.

Ahora bien, mientras el grado de exposición directa de las exportaciones latinoamericanas respecto de la crisis asiática es limitado, sí se verifican importantes efectos secundarios. El efecto de las devaluaciones en esos países ha incrementado la competitividad de sus exportaciones, no sólo respecto a las exportaciones de bienes similares por parte de los países latinoamericanos, como ocurre con las manufacturas de origen industrial brasileñas o mexicanas, sino también ganando terreno en los mercados internos de países como la Argentina sustituyendo producción local por abastecimiento asiático.

En el caso de nuestro país, merecen ser observados también algunos casos puntuales relevantes, como el de la caída en la cotización internacional de los productos cárnicos. Dicha tendencia choca con un comportamiento en sentido inverso verificado por la cotización del ganado. Ello se debe a que en la fase actual el ciclo ganadero atraviesa una etapa de retención con el propósito de recomponer los rodeos. Tal combinación de factores deja fuera de competencia a los frigoríficos de exportación, al sumarse con otros como el atraso en la devolución de los impuestos a la exportación.

Los impactos sobre la Argentina

Una de las consecuencias de que estemos frente a una crisis de sobreproducción es obviamente que el encontrarse repentinamente trabajando con altos niveles de capacidad ociosa implica que las utilidades realizadas resultan notablemente inferiores a las que se esperaban cuando se decidieron las inversiones. Ello supone también la existencia de volúmenes anormalmente elevados de stocks, que demandan financiamiento adicional. Todas estas circunstancias deben ser atendidas tomando nuevos préstamos, cuyo riesgo no deja de crecer. Se suma al dinero absorbido por los ya referidos emprendimientos inmobiliarios y el desarrollo de proyectos de infraestructura "de prestigio", cuyo recupero no es menos dudoso.

Inevitablemente esta situación debía impactar en los mercados de capitales, ampliándose la masa de préstamos incobrables y tornando muy volátil al comportamiento de los capitales, manejados a partir de criterios de asignación de recursos en función de su rentabilidad esperada, y con criterios acerca de las expectativas a corto plazo que los tornan muy volátiles. Así ocurrió, y consecuentemente el principal afectado fue el Japón, que es el mayor acreedor del mundo. Esta interpretación fortalece la imagen de una crisis básicamente estructural, y largamente más grave que la ocurrida con el tequila.

La menor disponibilidad de financiamiento externo, el aumento de los spreads para la obtención de préstamos, y la caída de los precios en los mercados accionarios, impactan fuertemente a países que, como la Argentina, enfrentan además un derrumbe en las cotizaciones para sus principales productos de exportación. En

consecuencia, en nuestro país tendremos tasas más bajas, quizá negativas o nulas en 1999, de crecimiento global. Y en la Argentina, ello siempre quiere decir mayor desempleo.

Pero no son menores los riesgos derivados de los efectos indirectos. En primer lugar están los derivados de las consecuencias de la crisis sobre la economía del Brasil, que se muestra muy vulnerable tanto debido a la pérdida de competitividad de sus exportaciones manufactureras respecto a las asiáticas, como a causa de su gran inestabilidad en el plano fiscal, con un desequilibrio permanentemente bombeado por los crecientes servicios de la deuda pública.

Por último, cabe señalar que un segundo foco de peligro para la Argentina está constituido por los rebotes sobre los mercados de capitales de situaciones como las del Brasil o Rusia, que provocan una permanente pulsión alcista en la prima de riesgo, elevando el costo de nuestro endeudamiento. Como es sabido, éste constituye un dato central para economías como la nuestra, cuyo crecimiento es altamente dependiente del financiamiento externo para sus déficits. Ello nos lleva otra vez a los vínculos entre el modelo de la convertibilidad y la elevada vulnerabilidad externa de nuestro país.

Teoría y práctica de la crisis

La evaluación objetiva de todas las tendencias desestabilizantes que están ganando espacio en el mundo lleva a esperar que, si continúan profundizándose, se asista a una solución clásica de la crisis. Esta inevitablemente pasará por la destrucción de capital, en la intensidad que sea necesaria para recomponer su tasa de ganancia. Como es sabido, cuando se habla de capital no sólo se está haciendo referencia a máquinas e instalaciones que son desactivadas, stock de materias primas y bienes intermedios cuyos precios se desvalorizan, o activos financieros que se derrumban. Se trata también de capital humano, ampliando los márgenes del paro.

Para entender la situación actual vale la pena echar una ojeada a lo ocurrido en los años 30'. Los paralelismos entre aquella situación y la actual son muy tentadores, y no solamente por los rasgos comunes que pueden observarse en términos de burbujas especulativas, créditos irrecuperables e inversiones de dudosa viabilidad que se registran a lo largo y lo ancho del mundo. Quizá la evidencia más inquietante surge al advertir la miopía común en el encuadre ideológico, que entonces y ahora ha servido de base al diagnóstico del pensamiento dominante.

Claro está que, además de los cambios ocurridos desde entonces en el proceso histórico en todas sus dimensiones (productivas, sociales y geopolíticas, entre otras), el dato relevante es que a diferencia de lo sucedido en los 30', hasta ahora la crisis no pasa por los Estados Unidos ni por los principales países europeos. No sólo ambos están atravesando una fase expansiva, sino que ésta se muestra todavía sostenible a mediano plazo. Y éste no es un dato menor.

Sin embargo, a medida que la crisis se va desarrollando, se prenden más señales amarillas en el tablero de la economía americana, particularmente en lo que hace a los pronósticos para el mediano plazo, que pueden preludiar un cambio de sentido en las corrientes de capital. Un cambio de tendencia en el mercado accionario, la devaluación del dólar y la baja en las tasas de interés, pueden venir a complicar el financiamiento del cada vez mayor desfasaje comercial externo de los Estados Unidos, y terminar llevando a reajustes posteriores mucho más violentos y dolorosos para recuperar los equilibrios básicos, precisamente en las postrimerías de la administración Clinton.

Tampoco debe descartarse que desde los países industrializados de Europa y los Estados Unidos, a cuyas orillas se acerca ahora la tormenta, salgan las señales para llevar a cabo profundos cambios de política económica que impliquen, con el nombre que se les quiera dar y con fórmulas modernas, el retorno al keynesianismo. Esa no es por ahora la tesis del FMI. Su titular persiste en imponer la medicina del ajuste a las naciones que se ven necesitadas de solicitar su auxilio.

Vale la pena recordar que todo el desarrollo teórico y las propuestas políticas de Lord Keynes tenían por objeto salvar al capitalismo de la catástrofe a la que en esos años lo llevaba la praxis neoliberal que los gobiernos emplearon generalizadamente hasta los 30'. En última instancia, planteaba una selección de instrumentos diferentes, alternativos por ejemplo al libre mercado o el patrón oro, pero siempre para obtener el mismo objetivo: una óptima asignación de recursos que maximizara la masa de beneficios, compatible con el pleno empleo. Capitalismo puro.

En la práctica ello implicó, especialmente a partir de la segunda postguerra, la construcción de nuevos consensos sociales acerca del crecimiento y la distribución de los frutos de la productividad, que genéricamente se conocieron como "estado de bienestar". Los mismos permitieron al mundo atravesar una de sus más largas fases de crecimiento sostenido. Como sucede con todas las cosas, a la larga se agotó.

Ello ocurrió a principios de los 70', y fue sucedido por la restauración neoliberal, que actualmente se muestra también en una etapa terminal. ¿Estamos en las vísperas de una restauración neokeynesiana? No cabe descartarlo, como tampoco a la revitalización del marxismo, que ha mostrado su vigencia como el mejor instrumento para interpretar la crisis. Veamos si puede mejorar su desempeño cuando se trata de proponer estrategias aptas para el desarrollo.

Nota

* Licenciado en Economía Política, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. ILPES-CEPAL 1965/6 Postgrado en Desarrollo Económico. STAYE en Desarrollo Económico en la Universidad de Grenoble, Francia, 1972/73. ILPES-CEPAL 1965/6 Postgrado en Desarrollo Económico. Director Nacional de Estadísticas y Censos, 1990/1991. Director de Censo Nacional de Población 1991. Subsecretario de Programación Económica 1989/1990. Director Nacional de Planificación CONADE 1976-1978. Presidente de la Fundación de Investigaciones par el Desarrollo (FIDE), desde 1991 hasta la fecha. Director de la revista FIDE- Coyuntura y Desarrollo, 1978/1989 Vice Presidente Segundo del Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Capital Federal, 1982/1986.